



*Manuel de Terán
Silueta recortada por Harry Nolden
París 1933.*

PERFIL DE UN MAESTRO

El día 7 de mayo de 1984, falleció en Madrid, con casi 80 años, don Manuel de Terán Álvarez, catedrático que fue de Geografía de la Universidad de Madrid, miembro de las Reales Academias Española y de la Historia, Presidente de la Real Sociedad Geográfica y Director del Instituto Juan Sebastián Elcano, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ante esta figura clave en el desarrollo de los estudios de geografía urbana en España, esta revista considera un deber ineludible señalar la deuda que con ella tiene contraída la cultura urbanística de este país. Por ello, en un próximo número, Josefina Gómez de Mendoza, catedrático de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid y Rectora de la misma, examinará en profundidad la obra del que fue su maestro.

Mientras tanto, **Ciudad y Territorio**, en este número posterior a su fallecimiento, desea hacer ya un hueco para la memoria del carácter magisterial de la figura desaparecida, atendiendo en un breve apunte, a algunos aspectos de su personalidad que más contribuían a hacerla atractiva y respetable.

Una obligada referencia inicial al carácter de su obra, tan ligada a esa personalidad, debería señalar, aunque sea de pasada, que en ella se ofrecen lúcidas y esclarecedoras reflexiones insertas en el debate teórico contemporáneo sobre fundamentos metodológicos y conceptuales de la geografía, que en su momento supusieron innovadores enfoques para la definición de la disciplina en este país. Pero que, al mismo tiempo, esos enfoques aparecen como sustento de un amplio conjunto de análisis concretos de casos reales, que constituyen estudios pioneros y ejemplares en la geografía española.

Inmediatamente, y en busca de la caracterización de ese carácter magisterial antes aludido, habría que añadir que sus actividades básicas conceptuales (que parecen estar directamente enlazadas con el fondo de su personalidad, más que ser el resultado

o producto de adscripciones racionalmente decididas) acercan su figura a recientes enfoques de la geografía, de vuelta de los excesos del cuantitativismo analítico, con el que nunca se identificó, a pesar de que el avasallador empuje de la novedad durante los años sesenta, pareciese condenar a la marginalidad científica a todo lo que quedase fuera de esa corriente.

Porque lo que tal vez puede contribuir a explicar mejor el carácter de su obra, es precisamente el considerarla en relación con su perfil humano, en el que se daba una feliz fusión de una amplia cultura humanística, de un profundo rigor intelectual y del conocimiento científico adquirido, con una innata extraordinaria sensibilidad poética para percibir la realidad. Ello explica esa forma viva de plantear siempre sus trabajos, ligados en todo caso a muy directas vivencias, percepciones, experiencias y emociones personales, cuya vibración comunicaba a sus discípulos. Ello es, lo que le convertía en lo que realmente es un verdadero maestro.

Pero la intención de este apunte no quedaría completa sin una mínima alusión a su forma personal de estar en la vida, a su actitud ética mantenida contra viento y marea desde su conocida humildad y sencillez. Una actitud hecha de exaltación de la libertad y de la independencia individual, volcada al mismo tiempo en actos concretos y poco habituales de solidaridad auténtica con los demás. Una actitud en que la comprensión y la tolerancia máxima ante la discrepancia, iba acompañada de rebeldía al encasillamiento y a la alineación, aún a costa de sufrir en solitario, las consecuencias de los avasallamientos prepotentes y las marginaciones doctrinarias.

A la espera pues de la valoración de su obra, en comentario más detenido, vaya ahora por delante el reconocimiento de ese valor ejemplar del magisterio y de la figura humana de don Manuel de Terán, hecha de sencillez, austeridad y honestidad.